CABRAS-CABRITAS

Padre Pedrojosé Ynaraja

De entre el ganado, el caprino es muy peculiar. La hembra adulta y su prole son tratadas con simpatía y delicadeza. El macho cabrío, no. No es extraño, se trata de un animal agresivo y posesivo. No es hora de hablar de él.

La cabra siempre tira al monte, dice el refrán. Al monte o al desierto, allí donde crece un vegetal, el animal saca provecho, sea tierno o duro, grande o pequeño. Su pelambre es recio, pero no agresivo como el del erizo.

En Israel, por el desierto, es fácil ver grandes rebaños. Generalmente las cabras son obscuras y las ovejas blanquecinas. Tal vez sea por lo que son capaces de comer, que, generalmente, vayan separados los ganados ovinos, de los caprinos. Uno recuerda al verlo, la parábola del juicio final, pero no es hora de comentar este tema. Lo que sorprende es ver quien apacienta estos ganados. Que es ocupación de beduinos es evidente, pero que lo ejerzan chiquillos de no más de siete años, sí que sorprende. Lo curioso del caso es que uno puede divisar una beduinita con la cara tapada, de una altura que uno asegura que corresponde a la de una niña de menos de diez años, que se mueve decidida y segura conduciendo el rebaño, pero que si trata uno de fotografiarla, pese a pretenderlo desde unos cien metros, huyen y se esconden de inmediato. Digo esto refiriéndome a las que he encontrado por el desierto del Sinaí, pero debo ser sincero y reconocer que, camino de Egipto, por el oasis de Feirán, a los pies del Serval, he podido sacarlas fotos y, hasta sonrientes, se han querido ver en la pantalla de mi cámara. Pero advierto que formaban parte de una especie de chiringuito, que ofrecía té caliente a un desorbitado precio. Ellas, los camellos y los otros animales, eran el cebo para que los viajeros se parasen y consumiesen, es lo que supuse.

Mirando ahora las fotos de estas alegres chiquillas, que calculo tendrían unos trece años, que ni se cubrían el rostro, ni alguna siquiera la cabeza, me doy cuenta del acierto con que el Cantar describe la cabellera de la amada, dice dos veces (en 4,1 y en 6,5) "Tu melena cual rebaño de cabras que ondulan por el monte Galaad".

Y ahora caigo en la cuenta, que la chiquitina y juguetona esquiva entre las reses, puede sugerirme la otra mención que de estos animales se hace en el poema, en 1,8: "Si no lo sabes, ¡oh la más bella de las mujeres!, sigue las huellas de las ovejas y lleva a pacer tus cabritas junto al jacal de los pastores". Simpática estampa, como la realidad misma que observé.